

Juan Uribe Echevarría

## La novela de la revolución mexicana y la novela hispanoamericana actual



El siglo XIX fué un gran siglo para la novela europea, el siglo XX promete serlo para la novela hispanoamericana. Esta posibilidad—cuyas raíces están en el desenvolvimiento de las repúblicas sudamericanas a partir de la Independencia y aun de la Colonia—se ve favorecida por una doble actitud: la del escritor y la del público.

Se puede decir que en ninguna época el sudamericano ha leído tanto, y en especial novelas. Sea por un avance de la civilización, o por una mayor inquietud o complicación intelectual del hombre de tipo medio, el hecho que anotamos es evidente.

Los más renombrados novelistas de la hora actual son conocidos entre nosotros, como posiblemente no lo son en su propio país, por el grueso público. Huxley, Lawrence, Joyce, Wells, Pirandello, Papini, Proust, Gide, Morand, Chesterton, Giraudoud, Cocteau, Zweig, Baroja, Azorín, Conrad, Upton Sinclair, Pil-

niax, Seifulina, Valle Inclán, Sinclair Lewis . . . etc; se podrían citar cincuenta o sesenta nombres de reconocida fama como novelistas cuyas obras son leídas con avidez en nuestra tierra. Nuestro público actual lee bastante, seguramente sin preparación y discernimiento, pero lee.

¿Sucedió esto, en el siglo pasado, con respecto a Dostoiewski, Dickens, Balzac, Stendhal, Zola, Galdós, Tolstoi, Godfried Keller . . . etc.? De ningún modo. Esta curiosidad hacia la mejor producción novelesca extranjera, nos ha traído también, como rebote, el interés por conocer a los escritores hispanoamericanos más representativos. Y así se ha dado el caso de una docena de novelas iberoamericanas, que por su mérito y por otras circunstancias felices, han circulado y adquirido fama a través de todo el continente. Tal es el caso de «Los de Abajo» de Mariano Azuela, de «Doña Bárbara» de Rómulo Gallegos, de «La Vorágine» de José Eustasio Rivera, de «Juan Pueblo» de Loveira, de «El Roto» de Joaquín Edwards Bello, de «El Aguila y la Serpiente» de Martín Luis Guzmán, de «Zurzulita» de Mariano Latorre, de «Lanchas en la Bahía» de Manuel Rojas, «Cuentos Andinos» de López Albújar, de «Las lanzas coloradas» de Uslar Pietri, etc. La lectura de todas estas obras y de algunas otras de menor circulación, pero no inferiores en mérito, permiten establecer ciertos puntos de contacto y equivalencia y unos mismos anhelos en la parte más

considerable de la producción novelesca hispanoamericana.

Toda esta literatura tiende a la revelación del hombre o del paisaje americano. En este sentido el novelista toma para sí el tema más agudo de nuestra realidad. Porque es indudable que el problema fundamental del alma americana, es un problema de conciencia, de conocimiento de sí mismo, de cómo se es.

Ninguna literatura extranjera es leída con mayor interés que aquélla que trata de nosotros. Ortega y Gasset, Keyserling, Waldo Frank, son llamados a América, a resolver nuestro enigma y a opinar sobre nuestro futuro.

¿Narcisismo? ¿Petulancia? ¿Angustia por el propio destino? ¿Inseguridad juvenil? Seguramente hay de todo. Auténtica curiosidad acerca de nosotros mismos y también sospecha y angustia de creer que por el momento no somos nada, que todo nos viene de fuera.

En ninguna parte del mundo se le hacen al turista tan repetidas las preguntas: ¿Y nuestro paisaje? ¿Y nuestras mujeres? ¿Y el vino?

El pensador europeo viene a América a contemplar a un pueblo para el que la cultura ha significado hasta el momento imitación de lo extranjero. Representando lo auténtico aciertan, a veces, a descubrir lo diferencial, lo nuevo.

Esa misma actitud de turistas inteligentes adoptan los mejores escritores sudamericanos con respecto a su propio material literario. Miran desde afuera. Mien-

tras más europeos son, por la sangre o el espíritu, más se acercan a aquellos personajes no contaminados y auténticos. Negados por el momento a lo universal, buscan en lo autóctono, en lo regional, el mejor camino para alcanzarlo. Eligiendo, eligiendo, llegan indefectiblemente a las clases populares.

La gran ciudad sudamericana es—a excepción del arrabal—híbrida, presuntuosa y sin carácter. Arquitectura, jardines y habitantes, muestran iguales ausencias y negaciones.

Empujado fuera de la ciudad, al novelista, el asunto se le vuelve épica pura: «La Vorágine», «Doña Bárbara», «Don Segundo Sombra», «Cuna de Cóndores», «Cuentos del Sur», «Los de Abajo».

No es preciso andar muy alerta para concluir que los dos grandes temas de la actual novela hispanoamericana son la naturaleza y el hombre que lucha con ella o contra ella. A estos dos temas esenciales hay que sumar un tercero que es como una consecuencia reflexiva sobre los otros dos, el problema social y económico.

#### ACTITUD SOCIAL DEL ESCRITOR SUDAMERICANO CON RESPECTO A SUS PERSONAJES

Conviene reparar que en las novelas hispanoamericanas de mayor fama, la posición del autor con respecto a sus personajes, es muy parecida. Siempre se enfrentan dos realidades; una ciudadana y criolla, y otra más aborígen, bárbara, natural.

Ricardo Güiraldes es el joven millonario argentino, que ha estado en París y que hastiado de todos los gozes de la civilización, concluye por acercarse al gaucho de su tierra y hacer la novela de su leyenda.

En «La Vorágine», el autor y su personaje central—Arturo Cova—dos hombres de la ciudad, descubren la selva tropical y sus habitantes.

«Doña Bárbara» va perdiendo su barbarie desde el momento en que entra en contacto don Santos Luzardo, jurista y ciudadano.

Mariano Azuela presta sus servicios profesionales de médico en una partida de guerrilleros.

Joaquín Edwards Bello baja al barrio de la Estación Central en busca de «el roto».

Mariano Latorre cambia en las vacaciones sus trajes europeos por los arreos del guaso y se va al campo (Marcos Elordui de «Zurzulita») o se interna en la montaña («Cuna de Cóndores»).

Eugenio González conoce—desterrado en la Isla de Más Afuera—al hampa santiaguina.

Mariano Picón-Salas persigue—en «Registro de Huéspedes»—personajes extraños, que viven por ciento ochenta pesos al mes.

Alberto Romero sale con la policía en busca de tipos literarios para sus novelas.

Manuel Rojas y José Santos González Vera se asoman al conventillo, o al barrio de las Hornillas, en busca de personajes...

Todos marchan hacia abajo en busca del filón literario.

Existe en la novela rusa un interrogante fundamental. La abordaron los escritores del siglo XIX, y la tratan de resolver los novelistas actuales: ¿Cómo es el mujik? ¿Cómo es el ruso?

La mayoría de nuestros novelistas se reclutan entre personas de la clase media o de la clase alta, que «descienden» a las clases populares por simpatía o curiosidad, o porque—y esto es lo más común—estiman que con esos elementos, con ese material literario se debe hacer la novela hispanoamericana. Pero en Europa existe una unidad racial que amortigua las diferencias sociales y económicas. El pobre ve en el rico a uno de ellos mismos que posee más. El novelista europeo descubre, por mucho que baje en busca de elementos literarios, factores y elementos raciales que le son comunes a él y a todo su pueblo. En América esto es distinto. Clase alta, clase media y clase baja son etiquetas que no abarcan todas las diferencias que existen entre el blanco, el mestizo y el indígena. Tenemos diferencias de sangre y de pigmentos.

El roto puede ser interesante y simpático para un escritor criollo, pero lo siente como algo distinto; como representante de una fauna extraña propicia de ser explotada literariamente.

A la explotación económica habría que agregar ésta, más suave, de las letras.

No es la que acabamos de analizar la única actitud

del escritor sudamericano. Existe también la del escritor que mira a Europa, no para evitarla en lo posible; sino para imitarla en la técnica, en los personajes y en los temas.

Este tipo de escritor no se conforma con haber nacido en una república de cinco o seis millones de habitantes, ni quiere hacer novela con personajes tan comunes como «el roto», «el pelado», «el cuico», «el cholo», etc. Se evaden, por lo general, hacia una realidad europea, o si no, cultivan desde aquí lo que ha dado en llamarse el «arte nuevo». Evitando la novela regional, criollista, nativista, indigenista; nos hacen la novela superrealista, imaginista, simultaneísta, expresionista, poemática, etc.; o imitan directamente a un solo escritor, eligiendo, casi siempre, entre los más frívolos y decadentes: Giraudoux, Girard, Morand, etc. Algunos aciertan a hacer buenas novelas españolas, con personajes y ambientes españoles, como Augusto d'Halmar en «Pasión y Muerte del Cura Deusto», o Edgardo Garrido Merino en «El Hombre en la Montaña», o Carlos Reyles en «El Embrujo de Sevilla». En Chile se ha producido un grupo de imaginistas que elaboran novelas de ambiente marino en las que los personajes—en su mayoría «lobos de mar»—son por lo general noruegos o ingleses.

La «novela nueva» es cultivada en Sudamérica por escritores jóvenes y cultos, pero ausentes casi siempre, de verdadera personalidad literaria. Tienen el modelo europeo muy a la vista y nunca se proponen criollizar



la técnica importada, aplicándola a un material más próximo. Este problema se hace presente también en las demás artes, y especialmente en pintura.

El arte de «vanguardia» posee una perfecta justificación en el arte europeo como etapa crítica de una cultura que ve agotada alguna de sus posibilidades de alta creación. En Sudamérica su presencia es casi siempre «colonial». No es que pretendamos que la novela hispanoamericana debe detenerse en cuanto a técnica y procedimiento, en la novela europea del siglo XIX. Nada de eso. Pero tampoco el «pastiche» y la oblea perfumada pueden constituir nuestra mejor novelística.

Existen prosistas sudamericanos singularmente dotados; entre otros: Eduardo Mallea (argentino), Pablo Palacio (ecuatoriano), Jaime Torres Bodet (mejicano), Rosamel del Valle (chileno); que pueden darnos algún día la novela que sin ser criollista, nativista o indigenista, sea, sin embargo, americana por algo más que el nacimiento del autor.

Rosamel del Valle, por ejemplo, consigue en «Eva o la Fuga», utilizando la metafísica del lugar y de la calle—procedimiento superrealista que se puede apreciar muy bien en «Nadja» de André Bretón—una visión novísima de la ciudad de Santiago. En cambio, Eva, su personaje, podría transitar sin que se le exigiera su carta de ciudadanía literaria, por cualquier novela europea expresionista o superrealista.

Ni siquiera eso podemos decir de Jaime Torres Bodet, joven y culto poeta y novelista mejicano, cuyas



novelas hacen recordar demasiado la obra de Giraudoux, Girard, Morand, Jarnés y otros.

Torres Bodet hace la concesión de dedicar una de sus páginas, al tema de la Revolución Mejicana. No podemos negar, sin embargo, que su intención es fina y llena de sugerencias:

«Llegamos a Laredo. Hijo relativamente pródigo, ¡con la sonrisa de qué ciudad tan humilde me recibía de pronto la patria!

Un zapatero, en el umbral de una choza, zurcía las botas amarillas que habían pertenecido a un general. Sobre la suela llena de cicatrices, el cuero nuevo, brillante, auguraba la marcha de una existencia más fuerte. ¿Al pie de qué agente de aduanas, de qué panadero, de qué empleado de obras públicas, de qué sembrador de tomates iría a parar ese mutilado? Después de la lucha, el país recobraba sus energías. El heroísmo, ayudado por la pobreza, se convertía poco a poco en comodidad» («Proserpina rescatada», pág. 160). Espasa Calpe, Madrid, 1931.

Este tipo de escritor que acabamos de analizar someramente nos parece—pese a su europeísmo y universalismo—mucho más indígena que el anterior. Buscan en lo internacional y universal, el nirvana, la despreocupación por todo lo que puede cogerlos de cerca. Sin embargo, por el conocimiento que tienen de las últimas corrientes literarias extranjeras; por la cultura general obtenida en plena juventud, aun pueden evolucionar, regresando al sentido de la tierra americana y creando

la novela que todos esperamos. Para ellos deseamos una evolución parecida a la que experimentan tres jóvenes habitantes de la ciudad de Méjico y lectores de Spinoza, en las postrimerías de la época porfiriana, que nos representa Alfonso Reyes en su «Testimonio de Juan Peña».

«A dos pasos de la capital, nuestra vaga literatura, nuestro europeísmo decadente, daban de súbito con un pueblecito de hombres morenos y descalzos. Las cumbreras nevadas asean y lustran el aire. El campo se abre en derredor, con sus hileras de maguelles como estrellas. Las colinas, pardas y verdes, prometen manantiales de agua que nunca pueden llegar al pueblo, porque el trabajo de cañerías perturba quien sabe qué sórdidos negocios de un alcalde tiránico. Las espaldas de los indios muestran a veces, cicatrices. Y nuestra antigua Constitución—poema jacobino fraguado entre los relámpagos de la otra guerra civil, y nutrido en la filosofía de los Derechos del Hombre—comienza así:

«En la República todos nacen libres. Los esclavos que pisan el territorio nacional recobran por este solo hecho, su libertad».

Julio, Mariano y yo tuvimos aquí el primer sentimiento.

## UBICACION DE LA NOVELA MEJICANA

Si miramos desde afuera, si tratamos de comparar nuestra incipiente literatura con la de otros pueblos más

cultos y desarrollados; si pretendemos establecer cuáles son las cualidades distintivas de nuestras mejores novelas del presente siglo, llegaremos a la conclusión de que son dos: la épica y el paisaje. De aquí que el aporte de la novela mejicana de la Revolución tenga mucho que ver con toda una gran línea de la producción hispanoamericana.

El valor fundamental de la novela mejicana que estudiamos, es la de revelar sectores de la psicología nacional, puestos en trance. Cómo pelea el mejicano, cómo sabe morir, triunfar o ser derrotado. La experiencia mejicana mira más a la Historia que a la Literatura. El pueblo mejicano ha resuelto, con la revolución, un paso hacia el mejor conocimiento de sí mismo, de las inesperadas reacciones de que puede ser capaz. Los noveladores han presenciado esta gesta con un propósito informativo, documental o interpretativo.

En la paz, la vida de nuestras grandes ciudades es, casi siempre, algo falsificada. De ahí que, movimientos como el de la Revolución Mexicana, rompan el prestado barniz civilizador y acerquen el problema hacia nuestros ojos.

El principio revolucionario es, en ocasiones, falso e importado, pero permite descubrirse al pueblo que la soporta. Tan pronto se quiere una cosa como otra. Lo triste es que no se sabe lo que se quiere, y todo el ímpetu vital se resuelve en querer muchas cosas, todas las que se pueden conocer, y en ir las dejando una a una, como juguetes inservibles y viejos.

La Revolución se va despojando de cien ropajes prestados hasta quedar desnuda, como acontecimiento puro; como hazaña intranscendente en sí, aunque fructífera para el futuro.

La Revolución (1910-1916) se generó contra Porfirio Díaz. Hoy casi se puede decir—por los resultados obtenidos—que iba más que contra la administración, contra la excesiva calma que había conseguido aquel gobernante.

Los principios revolucionarios ayudaban al movimiento, pero no se peleaba por hacerlos triunfar. Los caudillos estaban muy lejos de eso. Se produjo desde el primer momento una disparidad inicial entre los caudillos y la intelectualidad; entre la acción y la inteligencia revolucionaria.

La serie de revueltas, lo que se ha dado en llamar revoluciones mejicanas, han sido como cambios geológicos de estabilización, como ensayos de nuevas posturas de una nación que no encontraba y que aun no encuentra su verdadero acomodo.

Los mejores novelistas de la Revolución quieren revelarnos el alma de su pueblo, cogiéndolo en el trance revolucionario.

El criollo sólo se muestra sin desconfianza en la embriaguez, en la borrachera o en el arrebató amoroso. La borrachera del iberoamericano siempre lleva envuelta, en una forma especial, el amor y la riña.

Si existe algo en nuestras tierras que se parece a la embriaguez y a la orgía, es la revolución. Si la embria

guez hace olvidar a nuestro pueblo sus miserias más próximas, la revolución es como una borrachera prolongada.

Ese fué el momento que aprovecharon escritores como Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, Gregorio López y Fuentes, Xavier Icaza, Jr., Rafael F. Muñoz, José Mancisidor, Nellie Campobello, Martín Gómez Palacio, Hernán Robleto, Cipriano Campos Alatorre, José Rubén Romero, para captar la entraña de su pueblo, para reflexionar sobre el alma mejicana, sobre sus virtudes y defectos.

El ingreso de la novela de la Revolución Mejicana a la novela hispanoamericana actual, constituye un aporte épico y como tal puede incluirse dentro de la porción más característica de la novela continental. Por otra parte, su estudio puede servir de documento magnífico para el sociólogo, ya que bajo la palabra Revolución se cobijan en América, una serie de problemas—no resueltos o mal resueltos—que ocuparán nuestra historia por mucho tiempo.